

UN VERDADERO SACRIFICIO

CAPÍTULO DIEZ

Un Dato Asombroso: El 21 de mayo de 1946, el Dr. Louis Slotin y otros siete hombres estaban llevando a cabo un peligroso experimento cerca de Los Álamos, Nuevo México. Su experimento incluía trabajar con esferas de plutonio recubiertas de berilio, que se vuelven radiactivas si se tocan entre sí. De alguna manera, las esferas fueron accidentalmente empujadas un poco demasiado juntas y el plutonio alcanzó la masa crítica, produciendo una oleada mortal de radiactividad. Slotin se movió de inmediato para salvar a los demás. Con sus manos desnudas, separó las esferas radiactivas, pero al hacerlo se expuso a una dosis abrumadora de radiación. Varios días después murió, pero no en vano. Los otros hombres se recuperaron.

Un joven llamado Jim Elliot fue uno de los cinco misioneros asesinados en las selvas de Ecuador mientras intentaban llevar el evangelio a los indios Aucas. Los cinco hombres estaban armados con pistolas, sin embargo, se dejaron matar a lanzas por la tribu hostil porque habían resuelto no disparar a ningún nativo, ni siquiera en defensa propia. Más tarde, la esposa y la hija de Elliot regresaron a los indios Aucas junto con la hermana de Nate Saint, quien también murió en la masacre. Juntas, estas mujeres llevaron a la tribu al conocimiento de Jesucristo. Gikita, el Auca que lideró el ataque contra los cinco misioneros, testificó: «Dios dice que ahora ustedes son perdonados. Y sé que soy perdonado por todas estas lanzadas. Voy a encontrarme con Nate Saint en el cielo algún día. Y nos abrazaremos el uno al otro y seremos felices». Elliot dijo una vez: «No es un necio quien da lo que no puede retener para ganar lo que no puede perder». Sin duda se refería a las palabras de Jesús, quien declaró: «El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará» (Mateo 10:39).

Hacer un verdadero sacrificio es, en muchos sentidos, la esencia misma del evangelio. Jesús lo demostró perfectamente cuando dejó los atrios de gloria, la adoración de los ángeles y la vitalidad perfecta de un cuerpo infinito para tomar la forma de un ser humano débil.

Jesús dijo en Juan 20:21: «Como me envió el Padre, así también yo os envío». Él vino al mundo como el sacrificio supremo, y ahora pide a sus seguidores que de igual manera se conviertan en sacrificios vivos. Descubramos exactamente qué significa esto y qué podemos hacer para ofrecer un verdadero sacrificio que sea agradable a Él.

ES COSTOSO

La primera característica de un verdadero sacrificio es que le cuesta algo al dador. Podemos encontrar evidencia bíblica para este principio comparando historias que involucran a los dos primeros reyes de Israel.

La Biblia revela en 1 Samuel 15 que el rey Saúl no tenía un concepto correcto del sacrificio. Antes de atacar a los amalecitas, el Señor le instruyó que aniquilara por completo al pueblo, incluyendo sus animales y todo lo que poseían. Sin embargo, en la batalla, Saúl no estuvo dispuesto a destruir al rey amalecita ni al ganado de mejor apariencia.

Mientras regresaba de la matanza arreando cabras, ovejas y bueyes, el profeta Samuel se encontró con Saúl y expresó su profunda decepción. «Se te instruyó que destruyeras por completo a este pueblo, que te ha estado plagando durante años», dijo. «Ellos y sus animales debían ser exterminados».

Sin arrepentimiento, el rey Saúl dijo a Samuel: «He obedecido la voz de Jehová, y he ido en la misión a la cual Jehová me envió, y he traído a Agag rey de Amalec; he destruido por completo a los amalecitas. Pero el pueblo tomó del botín, ovejas y bueyes, lo mejor de las cosas que debían ser destruidas por completo, para sacrificar a Jehová tu Dios en Gilgal» (versículos 20–21, NVI).

Las frases hechas de Saúl sobre planear sacrificar los animales que habían perdonado suenan muy piadosas en la superficie. Sin embargo, ¿es realmente un sacrificio robar algo de otro para darlo como ofrenda? ¡No, ciertamente no!

A diferencia de Saúl, el rey David entendió este concepto. Después de que una plaga diezmara a 70.000 hombres de Israel, el profeta Gad le dijo a David que ofreciera un sacrificio en la era de Ornán el jebuseo (1 Crónicas 21:18). Cuando Ornán se ofreció a dársela al rey, David se negó, diciendo: «No, sino que ciertamente la compraré por el precio completo, porque no tomaré lo que es tuyo para Jehová, ni ofreceré holocaustos que nada me cuesten» (versículo 24, NVI). Un sacrificio no es un sacrificio si no exige un costo personal cuando lo das.

ES INCONVENIENTE

Otra característica de un verdadero sacrificio es que rara vez es conveniente. No sé tú, pero yo soy egoísta, y debo confesar que poner a otras personas por encima de mis propios deseos egoístas es un desafío que enfrento cada día.

Me avergüenza admitir que, de vez en cuando, me siento molesto cuando mi esposa Karen me pide que cuide a nuestros hijos. Parece que siempre tengo mucho que hacer. Además, los niños no siempre

son tan interesantes como los adultos y no les gusta jugar los mismos juegos que a mí me gusta jugar. También requieren mucha atención.

Entonces supe del pingüino emperador. La hembra, en la parte más fría del invierno polar, pone un huevo y luego se lo da al macho. Él lo coloca sobre la parte superior de sus pies y lo cubre con las capas adicionales de grasa de su vientre para mantenerlo caliente. Luego permanece quieto e incuba el huevo durante dos meses sin ir a comer. ¡Hablando de inconveniencia! ¿Por qué lo hacen los pingüinos emperador macho? Quizás saben que hacer este sacrificio es la única manera de crear nueva vida.

De la misma manera, difundir el evangelio a veces requiere que sacrifiquemos nuestra conveniencia para que otros puedan vivir. Un verdadero sacrificio desafiará nuestro egoísmo inherente.

REPRESENTA NUESTRO MEJOR ESFUERZO

Una tercera característica importante del sacrificio genuino es que debe representar nuestro mejor esfuerzo. El Antiguo Testamento establece repetidamente que todas las ofrendas presentadas al Señor debían ser sin mancha (Éxodo 12:5). Debían ser ejemplares impecables y saludables para simbolizar al inmaculado Mesías venidero.

Desafortunadamente, después de un tiempo, los hijos de Israel comenzaron a razonar: «El sacerdote va a matar a este animal tan pronto como lo lleve al templo. ¿Por qué debería llevar mi mejor y más saludable animal, que podría usar para la cría, cuando tengo uno enfermo aquí del que puedo prescindir fácilmente? Le falta un ojo, es cojo y viejo, pero ¿qué diferencia hace? Va a morir de todos modos». Así que ignoraron el mandato de Dios de ofrecer corderos, cabras y bueyes sin mancha y, en cambio, dieron los cojos y los ciegos como ofrendas.

Malaquías 1:8 revela lo que Dios pensó de su desobediencia. Él pregunta: «Y cuando ofrecéis el ciego en sacrificio, ¿no es malo? Y cuando ofrecéis el cojo y el enfermo, ¿no es malo? Ofrecelo, pues, a tu gobernante. ¿Se complacerá contigo? ¿Te aceptará favorablemente?», dice Jehová de los ejércitos (NVI).

A menudo hacemos a Dios lo que nunca nos haríamos los unos a los otros. Por ejemplo, la mayoría de nosotros nunca soñaríamos con presentarnos en la casa del gobernador para cenar vestidos como si fuéramos a la playa. Sin embargo, cuando venimos a la casa del Señor, a veces actuamos como si fuéramos a un picnic y olvidamos que Él es el exaltado Rey del universo. O cuando la bandeja de la ofrenda pasa en la iglesia, le damos a Dios una pequeña propina: un sacrificio cojo. Algunos de

nosotros damos mejores propinas a los meseros y meseras que la «propina» que damos al Señor por Su bondad y misericordia.

Yo mismo he caído en esta trampa. Justo antes de que pasara la bandeja de la ofrenda un sábado, metí la mano en mi cartera y encontré un billete de \$20 muy viejo junto a un billete de \$20 nuevo. Mi billete viejo de \$20 estaba todo arrugado, y mientras lo cogía pensé: «Oh, es solo una ofrenda». En ese mismo momento, el Señor me dijo: «¿Vas a darme el viejo? Dame el bonito». Eso fue algo pequeño, pero es muy típico de nuestra tendencia a darle a Dios las sobras y llamarlo sacrificio.

DANDO TU TIEMPO

Hay varias áreas específicas en las que los cristianos son llamados a sacrificarse. La primera tiene que ver con el tiempo. Para ser un verdadero cristiano, debes dar tu tiempo a Dios.

Albert Schweitzer, un organista de concierto de renombre internacional cuya carrera musical duró hasta bien entrada su octogésima década, fue fuertemente convencido a los 21 años de que debía dar su vida al Señor. Luego escribió un pacto, declarando que «durante nueve años tengo la intención de dedicarme al estudio de la música, la teología y la medicina; luego pasaré el resto de mi vida, si Dios quiere, sirviendo a la humanidad».

En 1913, después de obtener su doctorado en filosofía y un título en medicina, Schweitzer se fue al ecuador y fundó un hospital en Lambaréné en el África Ecuatorial Francesa. Vivió allí con su esposa la mayor parte de su vida, sirviendo a Dios como cirujano, pastor, administrador del pueblo y prolífico escritor teológico. Con el dinero que recibió al ganar el Premio Nobel de la Paz en 1953, fundó un leprosario.

Para 1960, el hospital selvático en Lambaréné se había expandido a más de 70 edificios que podían albergar a 500 pacientes. Cuando Schweitzer murió a los 90 años, fue enterrado en los terrenos del hospital.

Creo que porque este hombre dedicó su tiempo a servir al Señor, Dios lo honró con una larga vida. Schweitzer pasó unos 50 años sirviendo a personas en el ambiente muy humilde de un hospital misionero africano. Eso es un verdadero sacrificio.

DANDO DE TUS RECURSOS

Ser cristiano requiere un verdadero sacrificio de tus bienes. Muchos de nosotros damos al Señor, pero no damos sacrificialmente.

Piensa en la viuda en la Biblia que puso sus últimas dos monedas en la alcancía de las ofrendas (Marcos 12:42–44). Eso fue un verdadero sacrificio, por lo cual Jesús llamó la atención sobre ello. No era la cantidad de dinero lo que importaba. A Dios no le importa el dinero; Él ya posee todo (Salmo 50:12). Fue la cantidad de sacrificio lo que movió al Señor a llamar la atención sobre esta viuda, quien, a pesar de su pobreza, dio todo lo que tenía por su profundo amor al Señor.

Cuando la mayoría de nosotros damos una ofrenda, nos vamos a casa en el mismo coche, usando la misma ropa, durmiendo en la misma cama con la misma almohada y comiendo toda la misma comida. En otras palabras, realmente no sentimos ningún vacío tangible. Un sacrificio genuino, en el que damos algo e inmediatamente sentimos la pérdida, es bastante raro en estos días.

A veces olvidamos que las ofrendas que damos nos son devueltas de diversas formas. No creo que un cristiano deba hacer sacrificios solo porque cree que le será devuelto, pero es un hecho que sí es devuelto. La Biblia promete: «Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo. Porque con la misma medida con que midáis, os será medido» (Lucas 6:38, NVI).

Conozco a un empresario muy exitoso que da hasta la mitad de sus ingresos para un proyecto digno, y nunca he visto a alguien que sea seguido por tantas bendiciones. Creo que el Señor sigue bendiciéndolo con oportunidades y contratos increíbles porque da hasta que duele. Se puede confiar en él con el éxito. Muchos de nosotros nunca experimentamos ese tipo de bendición porque tenemos miedo de dar sacrificialmente.

RENUNCIANDO A TUS DERECHOS

Los cristianos también son llamados a veces a sacrificar sus derechos. ¿Recuerdas la historia bíblica en la que el profeta Eliseo llevó a todo el ejército sirio a las manos del rey de Israel (2 Reyes 6:18–23)? Listo para ejecutar a este ejército que había sido rodeado por sus fuerzas, el rey israelita preguntó a Eliseo: «¿Los heriré? ¿Los heriré?»

La respuesta del profeta debe haber asombrado al ansioso monarca. Los sirios habían estado tratando de emboscar y asesinar al rey. Por fin el rey los tenía donde quería, pero para su sorpresa, Eliseo le dijo que sacrificara su derecho a la venganza y, en cambio, alimentara a sus enemigos y los dejara ir.

Sacrificar nuestros derechos puede ser una lucha. Siento esto más intensamente cada vez que conduzco, porque no aprecio cuando otros conductores violan mis derechos. Por ejemplo, me molesta cuando la gente se adelanta mientras el tráfico se fusiona en lugar de turnarse y alternar. Conducen

por el arcén y tratan de meterse delante del coche principal, como si fueran más importantes que los demás.

Soy muy competitivo, así que si veo a alguien tratando de meterse cuando debería haberse fusionado media milla atrás, mi reacción natural es pensar: «No tienes derecho a meterte aquí». Así que trataré de mantener mi coche justo en las luces de freno del coche que está delante de mí para que esa persona no pueda entrar.

Entonces Jesús comienza a tratar conmigo. Él dice: «Doug, tú has hecho exactamente lo mismo antes. Deja que el coche se ponga delante de ti. Sacrifica tu derecho». Puede que no siempre me guste, pero debo admitir que con tan poco cristianismo observable en el mundo, lo menos que puedo hacer es predicar a través de mi forma de conducir.

Cuando sacrificamos nuestros derechos, mostramos las características de Cristo.

DANDO CRÉDITO A OTROS

A menudo se dice que no hay límite para lo que se puede lograr si no nos preocupamos por quién recibe el crédito. Esto es cierto tanto en la iglesia como en el mundo. Los verdaderos cristianos están dispuestos a sacrificar el crédito que merecen.

Quizás recuerdes la historia de Gedeón, quien bajo el poder de Dios derrotó al ejército madianita con solo 300 hombres (Jueces 7:1–25). Después, los hombres de Efraín estaban indignados porque no habían participado en la batalla y querían pelear con Gedeón. Sin embargo, él pudo evitar lo que parecía una batalla segura contra sus compatriotas diciéndoles: «Oh, pero ustedes han logrado capturar a los dos príncipes y ganaron la batalla» (ver Jueces 8:3). Dio crédito a los efraimitas por ganar la batalla contra los madianitas, aunque no lo merecían. Gedeón salvó el día sacrificando el crédito por la gran victoria.

También me gusta la historia en la que José sacrificó una oportunidad de tomar crédito por interpretar el sueño del monarca egipcio. «No está en mí; Dios dará a Faraón una respuesta de paz» (Génesis 41:16). Daniel hizo lo mismo cuando dijo al rey de Babilonia: «Hay un Dios en los cielos que revela los misterios, y Él ha dado a conocer al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días» (Daniel 2:28, NVI). Si tenemos el Espíritu de Dios morando en nosotros, también estaremos dispuestos a sacrificar una oportunidad de acaparar el crédito.

RENUNCIANDO A LA SEGURIDAD

Decidir servir al Señor también puede requerir que sacrifiquemos la seguridad terrenal. Los cristianos necesitan vivir por fe, lo que significa que nuestra confianza no está en un banco o un trabajo, sino en el Señor.

Cuando las familias van al campo misionero, usualmente sacrifican la seguridad de la América suburbana, con sus comunidades cerradas, alarmas de coche y cámaras de video. Sin embargo, estoy convencido de que si sacrificamos nuestra seguridad para hacer la voluntad de Dios, estaremos más seguros en medio de la selva más peligrosa que si estuviéramos rodeados de escoltas policiales pero viviendo fuera de la voluntad de Dios. Estar en la voluntad de Dios es, sin duda, el lugar más seguro en la tierra.

El amor, que es la esencia de ser cristiano, implica un gran riesgo. Se nos manda no solo amar a Dios, sino también amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Marcos 12:30, 31). Esto, por supuesto, no es fácil.

C.S. Lewis hizo algunas declaraciones profundas con respecto a este tema en su libro *Los Cuatro Amores*. Escribió: «Amar en absoluto es ser vulnerable. Ama cualquier cosa, y tu corazón ciertamente será exprimido y posiblemente roto. Si quieres asegurarte de mantenerlo intacto, debes no dar tu corazón a nadie, ni siquiera a un animal. Envuélvelo cuidadosamente con pasatiempos y pequeños lujos; evita todos los enredos; enciérralo seguro en el cofre o ataúd de tu egoísmo. Pero en ese cofre, seguro, oscuro, inmóvil, sin aire, cambiará. No se romperá; se volverá irrompible, impenetrable, irredimible».

Para ser verdaderos cristianos, debemos sacrificar la idea de que nunca seremos heridos, lastimados o perseguidos. El único lugar fuera del cielo donde puedes estar perfectamente seguro de todos los peligros del amor es el infierno.

DANDO TU VIDA

Por supuesto, el sacrificio supremo que una persona puede hacer es sacrificar su vida. Juan 15:13 dice: «Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos».

Inspirado por el gran amor que Dios nos demostró al sacrificar a Su Hijo, James Calvert fue a las islas Fiyi como misionero cristiano. Mientras el capitán del barco bajaba a Calvert y a su pequeño equipo a las islas, que eran famosas por lo que los caníbales les habían hecho a otros misioneros antes que ellos, el hombre dijo: «Te das cuenta de que esto es un suicidio. ¿No tienes miedo?»

El misionero respondió: «No, no tenemos miedo de morir. Morí hace mucho tiempo». Cuando vienes al Señor, eres crucificado con Cristo (Gálatas 2:20). Y si realmente has sido crucificado con Cristo, entonces nada puede ser considerado un sacrificio porque ya has entregado todos tus bienes a Dios. Filipenses 1:21 dice: «Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia».

El pionero cristiano David Livingstone escribió: «La gente habla del sacrificio que he hecho al pasar tanto tiempo de mi vida en África. ¿Puede llamarse sacrificio a lo que simplemente se devuelve como una pequeña parte de la gran deuda que tenemos con nuestro Dios, la cual nunca podremos pagar? ¿Es un sacrificio aquello que trae su propia bendita recompensa en actividad saludable, la conciencia de hacer el bien, la paz mental y una brillante esperanza de un destino glorioso en el más allá? ¡Fuera la palabra en tal perspectiva y con tal pensamiento! Enfáticamente no es un sacrificio. Digamos más bien que es un privilegio».

Livingstone pasó 30 años en África, explorando un tercio del continente y llevando el evangelio a aquellos que nunca habían oído el nombre de Cristo. A menudo aquejado de fiebre y disentería, murió de rodillas en oración. Sin embargo, dijo: «Nunca hice un sacrificio. De esto no debemos hablar, cuando recordamos el gran sacrificio que hizo Aquel que dejó el trono de Su Padre en lo alto para darse a Sí mismo por nosotros».

El apóstol Pablo desafió a los creyentes: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. Y no os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Romanos 12:1–2).

DOS HISTORIAS MÁS GRANDES DE SACRIFICIO

Hace muchos años, un cristiano chino llamado Lough Fook se enteró de que algunos de sus compatriotas trabajaban como obreros no calificados en las minas sudafricanas. La mayoría eran budistas, y él quería compartir a Cristo con ellos. Vivían en barrios de chabolas y trabajaban todo el día en condiciones terriblemente patéticas, sin esperanza de vida eterna. Así que Lough Fook se vendió a sí mismo como esclavo para trabajar en esas minas y predicarles el evangelio. Como resultado de su sacrificio, casi 200 de sus compatriotas llegaron a Cristo en los cinco años antes de que él muriera en la mina. Dar tu vida así para servir a otros es un verdadero sacrificio.

Declarada una «Héroe Estadounidense» en 1985 por el entonces presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, Clara Hale se dedicó a cuidar a niños adictos a las drogas. Aquí está su historia:

Después de que su esposo murió, Clara comenzó a limpiar casas durante el día y a trabajar en un teatro local por la noche para mantener a su familia. Pronto convencida de que sus tres hijos no estaban siendo supervisados adecuadamente en la guardería, decidió trabajar desde casa, cuidando tanto a sus propios hijos como a aquellos cuyas madres no podían o no querían cuidarlos. Durante los siguientes 28 años, «Madre Hale» tuvo un impacto en miles de vidas.

Cuando los problemas relacionados con el abuso de drogas aumentaron dramáticamente en Harlem, la familia de Clara le instó a tomar medidas. Pronto tuvo 22 bebés de mujeres adictas a la heroína en su apartamento. Aunque no tenía conocimientos previos sobre el cuidado de bebés adictos a las drogas, ella y su hija cuidaron a los bebés y a las madres. Ayudó a establecer Hale House, un hospital e instalación de cuidado infantil que fue el primero en los Estados Unidos diseñado específicamente para tratar a bebés que nacían adictos a drogas ilegales. Hale House se convirtió en el «Centro para la Promoción del Potencial Humano» en 1975.

Durante su vida, Madre Hale cuidó a más de 500 niños y recibió reconocimiento tanto nacional como internacional por su trabajo sacrificial. Murió en 1993, pero no será olvidada pronto.